

EL MUNDO PINTORESCO.

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y REPRODUCCIONES.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 51.—16 Diciembre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento tipográfico del Atlas, calle de San Bernardino, núm. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la Administración libranzas de fácil cobro ó sellos del franqueo.
Un número suelto, 3 rs. vn.



VISTA DE LA BAHÍA DE SANTA ISABEL EN LA ISLA DE FERNANDO PÓO.

Remitido por D. T. N.—(Der El Panorama Universal.)

Pico de Clarens.—2 Hospital.—3 Casa del Cónsul inglés.—4 Idem del Gobierno español.—5 Cuartel.—6 Poblacion de Santa Isabel.—7 Palmeras.—8 Seiva (árbol muy alto).—9 Pueblo de Buhís.

SUMARIO.

Importante.—La Despedida (poesía), por don L. del Barco.—La capilla espiatoria, por don A. G. del Canto (conclusion).—Al eminente escultor D. José Piquer (poesía), por la señorita doña F. C. del Riego Pica.—Los Dioses lares, por don Javier de Palacio (continuacion).—A la poesía, por don L. Balaca y Gilabert.—Una historia de amores, por don Enrique Galvez Cañero (continuacion).—Regalo á los suscritores: Almanaque de El Mundo Militar, PANORAMA UNIVERSAL.

LÁMINAS. Vista de la bahía de Santa Isabel en la isla de Fernando Póo.—Bocas del rio Saigong en Cochinchina.—Vista del fuerte de Pei-ho en China (orilla derecha), tomado por las tropas franco-inglesas.—Vista de Mesina, tomada desde el Cabo de San Juan en la Calabria.—Corrida de toros verificada en el campamento de Torrejon de Ardoz el dia 10 de octubre de 1860.—Tipo de soldado chino llamado Tigre.—El Excelentísimo Sr. Teniente general D. Genaro de Quesada.—Tipo de soldado tártaro llamado Brabo.—El Excmo. Sr. D. Manuel Moradillo y Talledo, Intendente general de Ejército.—Siria: Desembarco del Ejército francés en Beyrouth.

IMPORTANTE.

Sr. Director de la nueva Empresa de El Mundo Pintoresco.

Muy señor nuestro: Algunos señores colaboradores del periódico continúan remitiéndonos sus escritos, en la creencia de que aquel sigue confeccionándose de

la misma manera que lo ha sido hasta fin de noviembre último. Esto no es así, y les rogamos se entiendan con la nueva Empresa, al darle las mas sinceras gracias por la cooperacion con que nos han favorecido.

Añadiremos, ya que tenemos la pluma en la mano, algunas líneas en vista de un suelto que hemos visto en el último número.

Como la propiedad de esta publicacion quedó enagenada en 1.º de diciembre, y nosotros sin otra mision que facilitar los originales que resultaban sin terminar en el número 48, los Directores de la antigua Empresa no mostraron inconveniente en seguir apareciendo bajo el mismo concepto hasta la conclusion de año, considerando se le daría conocimiento previo de lo que la nueva Empresa creyera conveniente insertar. No ha sucedido esto sin embargo.

El suelto que con el título de *Importante* aparece en el último número, demuestra con las apreciaciones que en él se hacen que fué puesto sin nuestro conocimiento, supuesto que no estamos conformes con su contenido.

Limitámonos á hacer esta aclaracion remitiendo á los suscritores á los tres tomos de que se compone la publicacion.

Por lo demas, que EL PANORAMA UNIVERSAL viene presentando mejores grabados que los ofrecidos por

El Mundo, no pretendemos rebatirlo, y que necesite de mayores gastos para su confeccion, no solo no lo ponemos en duda, sino que lo consideramos exacto, atendida la índole no igual estrictamente de cada periódico.

Sírvase V., Sr. Director, dar cabida á estas líneas en el próximo número, sustituyendo para en lo sucesivo, en concepto de Directores artistico y literario, las firmas de sus afectísimos S. S. S. Q. B. S. M.

J. J. MARTINEZ.

R. R. DE MENDOZA.

En efecto; por una inadvertencia se estamparon en el número anterior de este periódico las firmas que anteceden, debiendo haber quedado únicamente la del Sr. D. Juan José Martínez, como Editor responsable, á lo cual se ha prestado con toda galantería este señor á fin de no causar retraso á la salida del número, por la presentacion de otra persona que se encargase de la responsabilidad de la edicion.

F. MEDINA-VEYTIA.

LA DESPEDIDA.

Suenan las seis de la noche:
Grita el mayoral: «al coche.»

Presa de angustia cruel,
Y el pié en el estribo ya,
Estrecha místico el doncel
La mano que ella le da.
La gente acude en tropel;
Se oye rumor tumultuoso;
Echa votos el cochero;
Y mientras llega un viajero
Perezoso,
Así el uno al otro amante
Se juraba fé constante.
— Con Dios queda.

— Adios Maria.

— ¿Te acordarás?

— Noche y día;

Que tu cariño inocente
Es alma del alma mía.
— Y ¿qué harás, estando ausente?
— Cuando en las sombras la luna
Vierte su luz plateada,
En su rostro reflejada
Dulcisima cual ninguna,
Veré tu amante mirada.

En las gotas de rocío
Que deja al huir la aurora
En la flor que la enamora,
Yo contemplaré, bien mio,
Tu sonrisa encantadora.

Cuando allá en el cenit brilla
Más vivo el rayo del sol,
Si estás del mar en la orilla,
Me traerá de tu mejilla
El candoroso arrebol.

El céfiro al despertar
En el seno de la tarde,
Tus plantas irá á besar
Y este mensaje á llevar:

« El ángel de amor te guarde. »

¿Que me acuerde! vano empeño,
Si tú sola noche y día
Embargas mi fantasía,
¿De olvidarte seré dueño?
Nunca, nunca. ¡Adios Maria!

— ¡Adios! ¡adios!...

« Guía, guía... »

Bronca uña voz repitió

Sin parar

Que el coloquio interrumpió.

Se oyó el látigo chasquear,

El galán se retiró,

Y al momento

Con rotante movimiento

El coche se vió alejar.

L. DEL BARCO.

LA CAPILLA ESPIATORIA

POR DON ANTONIO G. DEL CANTO.

XIII.

(Conclusion.)

Pues entonces ¿qué poderosa causa influía sobre su alma de hierro que así le hacia abandonarse á profundas meditaciones, olvidándose hasta de conducir á su fogoso caballo al paraje donde tal vez le esperaba la muerte?... ¡Eran... los remordimientos!... ¡los atroces remordimientos!... Pues por mas empedernido que se halle el corazón del hombre, siempre que se acerca á algun peligro real, á una muerte probable, vienen á su mente mil recuerdos que le anonadan, y mil visiones espantosas que van pasando y repasando y echándole en cara los males que ha ocasionado á la humanidad.

¿Cuántas veces los tiranos y asesinos, que solo se alimentan de sangre y lágrimas, abandonarían gustosos su carrera de desolación con tal de que no turbasen su sueño las víctimas de su barbarie!

Esto mismo le sucedía al duque estando despierto, pues se había apoderado de su mente una especie de delirio, durante el cual veía á la infeliz Elisa y á su llorado hijo, lívidos, desgredados, gritándole con voz ronca y desfallecida, parecida al estertor de un moribundo... ¡Asesino!... ¡Infanticida!...

Un tropezón de su caballo, que á poco le hace salir de la silla, le libró de aquel vértigo matador; y habiendo hecho un esfuerzo sobre sí mismo, trató de llegar pronto al sitio del combate, para no volver á ser presa de su conciencia.

Encontró ya al marqués paseándose impaciente, pues deseaba salir pronto de aquel día, acaso nefasto, pues que tal vez iba á morir en el momento de encontrar la felicidad en los brazos de sus padres.

A poco rato se presentó el conde, que desde un balcón de su quinta estaba espionando la venida de San Roman.

— Guárdeos el cielo, amigo duque, dijo el conde al llegar.

— Sed bien venido, Sandoval, respondió el duque.

— ¿Queréis principiar el combate, jóven? dijo el conde al huérfano.

— En horabuena, respondió tirando de la espada; y ambos contendientes se pusieron en guardia.

A pesar del valor y fiereza de los rivales, ambos se hallaban bastante alterados en aquel momento supremo en que, según la bárbara costumbre de nuestros caballeros, iban á fiar la justicia de su causa á la punta de su espada.

Sus aceros, aunque cruzados, estuvieron sin movimiento algunos instantes, pues ninguno quería tirar el primer golpe, no porque ninguno de ellos tuviese miedo á la muerte, sino que aquellos dos hombres estaban tal vez arrepentidos de haber llegado á disputarse á sangre fría la existencia.

Se acordaron sin duda de las caricias que se habían prodigado por espacio de diez años, y sentían helarse su cólera al ver el hierro homicida que amenazaba sus corazones, unidos sin que lo supiesen por los mas sagrados vínculos de la naturaleza.

¿Quién sabe á dónde los hubiera conducido su generoso y mútuo impulso, sino hubiera estado presente el conde de Sandoval! Pero éste, cual un demonio exterminador, temiendo que le faltase el horroroso espectáculo, para él divertido, de sangre y de muerte, que esperaba fuese el resultado de aquel combate, lanzó una insolente carcajada sardónica entre las espadas de los dos rivales, que como la manzana de la discordia, comunicó el vigor que iba faltando á sus casi inertes brazos, y provocó una encarnizada é impía lucha.

El huérfano se arrojó como una fiera sobre su contrario, que con tanta bravura y mayor serenidad paraba los repetidos golpes y estocadas, y atacaba á su vez con la misma fiereza, chocando y chispeando los aceros con la ligereza del relámpago.

Ambos eran valientes: ambos eran diestros en el manejo de las armas; pero el duque de San Roman con el duplo de años que su rival y estenuado por su vida crapulosa, no podía menos de llevar la peor parte en tan sangriento combate. Efectivamente, á pesar de su destreza, iba cediendo de su primer impulso; sus fuerzas casi agotadas podían apenas parar los golpes de su contrario, y su vida se hallaba en el mayor peligro cuando... ¡oh Providencia divina!... el fiel Hernán, el modelo de leales, apareció de repente en medio de las espadas homicidas, esponiéndose á ser atravesado por ambas, y con una voz casi ininteligible, pues le ahogaba la fatiga, dijo tendiendo los brazos en dirección de los adalides:

— ¡En nombre del emperador, deteneos!

El indómito huérfano, que ni oía ni veía en aquel instante, cogió por un brazo á su criado y lo arrojó con tal violencia contra un árbol, que casi perdió el conocimiento; y apenas se desembarazó de aquel obstáculo que ocultaba el pecho del duque, volvió á dirigirle furiosos golpes que apenas eran parados por el pobre anciano.

Hernán vuelto de su parasismo, se puso en pié, pero se quedó inmóvil como una estatua en el mismo sitio mirando con ojos espantados el sanguinario combate.

El duque se había apoyado á un árbol, y ya principiaba á desfallecer por la mucha sangre que arrojaban sus heridas, cuando acercándose Hernán á los dos combatientes gritó con voz de trueno y con sonrisa convulsiva:

— ¡Insensato!... ¡Esa sangre que derramas con tanto placer, es la sangre de tu padre!... ¡Eres un parricida!... y soltando una carcajada histérica, huyó como un desesperado, gritando y riendo y repitiendo la funesta palabra!... ¡Eres un parricida! y volvió á reír y á correr, hasta que ya se perdió su voz entre los árboles del parque. ¡Infeliz! ¡Tan violento é inesperado sacudimiento le había arrebatado el juicio!

Al oír aquella revelación, las espadas de los combatientes se cayeron de las manos, repitiendo admirados:

— ¡Es mi padre!... ¡Es mi hijo!

— Sí, vuestro padre, repitió una voz sonora y magistral que reconocieron por la del emperador, al cual seguía una numerosa comitiva de caballeros y pages con hachas encendidas.

Sí, vuestro hijo, señor duque, vuestro hijo; á quien yo he salvado hace veinticinco años del aban-

dono y de la muerte. ¡Vuestro hijo que en este momento supremo ha satisfecho los manes de su madre, muerta en la primavera de su vida por vuestro desleal proceder, y que ha derramado hoy vuestra sangre, sangre que debía haberse agotado hace veinticinco años. Pero Dios en sus inescrutables misterios había dejado impunes vuestros delitos, para que fuesen castigados por la mano de vuestro propio hijo.

¡Respetad los arcanos de la Providencia y abrazad al ilustre guerrero, al noble marqués de la Lealtad y duque de Túnez!...

El duque que había oído la voz del monarca, sobrecogido de un religioso temor, cual si hubiese sido la voz de Dios, no tuvo aliento sino para decir casi exánime:

— ¡Hijo mio!...

— ¡Padre!... respondió el marqués; y por un impulso de aquellos que solo la naturaleza puede comunicar á los corazones, se arrojaron el uno en los brazos del otro, estando largo rato sin poder pronunciar una palabra.

Por fin Carlos rompió el silencio.

— ¡Padre!... ¡perdon... por la sangre preciosa que derramó mi cólera insensata y ciega!

— ¡Hijo querido!... Si alguno hay aquí culpable, soy yo solamente, pues hace veinticinco años que he roto los vínculos mas santos, abandonándote apenas viste la luz, lo mismo que á tu inocente y desgraciada madre.

Pero Dios que nunca deja sin castigo á los malvados, me había reservado para hoy momentos de terrible amargura; y apiadado al fin, me ha devuelto la tranquilidad del alma y la prenda mas cara á mi corazón.

¡Bendito seais, Dios mio, dijo levantando los brazos al cielo, pues me haceis conocer á un mismo tiempo vuestra inexorable justicia y vuestra divina misericordia!...

Aquel lugar poco antes de sangre y de muerte, se hallaba convertido en este momento en un valle de lágrimas, pero lágrimas de placer, pues todos los espectadores, incluso el conde de Sandoval, se conmovieron con tan patética escena, y pagaron su tributo al Eterno derramando lágrimas de ternura.

Serenados los ánimos de tan contrarias agitaciones, dispuso el emperador se condujese al duque al castillo de Sandoval, donde inmediatamente se le prodigaron los mas eficaces auxilios para la curación de sus heridas, que declararon los facultativos no ser de mucho peligro.

Durante su cura el cariñoso hijo no se movió un momento de la cabecera del lecho en que su padre espiaba sus culpas, y á los dos meses tuvo la dicha de verle completamente restablecido.

XIV.

Tres meses habían trascurrido desde el día en que tuvo lugar la peripecia del marqués de la Lealtad.

Las diez de la mañana serían cuando los melodiosos sonidos de una música religiosa anunciaban que se había dado principio á alguna ceremonia en la capilla del palacio de los reyes de Castilla.

Todos los asientos se hallaban ocupados por una numerosa y brillante concurrencia de damas y caballeros de la mas alta nobleza.

El cardenal arzobispo de Toledo celebraba una misa epitalámica, y al concluir echó la bendición nupcial á dos jóvenes pertenecientes á familias de las mas distinguidas de la corte.

Los dichosos cónyuges eran el marqués de la Lealtad y duque de Túnez, primogénito del duque de San Roman, y doña Blanca de Toledo, heredera de los condes de Sandoval.

Era padrino del himeneo en persona el emperador D. Carlos I de España y V de Alemania.

Apenas principió á rayar una nueva aurora de felicidad para nuestros desgraciados amantes, su primer cuidado fué dedicarse á adquirir alguna noticia del paradero del fidelísimo criado que tantos servicios les había prestado, y que tan inesperadamente se había vuelto loco.

Diferentes emisarios habían cruzado ya en todas direcciones los montes y pueblos de los alrededores de Madrid, pero habían sido vanas sus pesquisas. Mas habiendo averiguado últimamente que hacía unos tres meses poco mas ó menos que vagaba por los montes de Toledo un hombre que siempre que encontraba algun pastor reía y lloraba convulsivamente, diciendo al mismo tiempo: ¡Eres un parricida! no dudaron un momento que fuese el desgraciado Hernán.

Efectivamente, consiguieron cojerle dentro de una cueva que sin duda habría servido de albergue á algunos bandidos.

Cubierto de harapos y miseria, estenuado de hambre, y lo que es aun mas sensible, rematadamente

loco, nadie hubiera podido ver sin enternecerse á aquel modelo de honradez y fidelidad.

Conducido al palacio de su señor, fué cuidado con el mayor esmero, y á favor de su buen sistema curativo y de dulces caricias de los felices esposos, logró recobrar su perdida razon, aunque mientras vivió, siempre que llegaba el aniversario del sangriento duelo, era acometido de nuevos accesos que le duraban por espacio de algunos dias, durante los cuales no cesaba de repetir las fatales palabras que eran un gusano roedor del corazon de su señor, pero que sirvieron para ahogar en su pecho la violenta pasion de la ira que tan fatal pudo ser á dos familias de las mas nobles de Castilla.

El emperador premió la adhesion y fidelidad de Hernan haciéndole caballero, y el duque de Túnez lo contó siempre como un individuo de su familia.

El anciano duque de San Roman falleció dos años despues de tan trágico suceso, acosado de sus achaques y mas que todo de sus remordimientos, pues á pesar de haber dispuesto la Providencia que fuese castigado por la mano de su propio hijo, no creia suficientemente satisfecha la venganza del Altísimo.

El duque de Túnez le siguió seis meses despues á la mansion de la eterna noche, pues ni los cariños de su tierna y amada esposa, ni un hijo que le habia dado el cielo, pudieron hacer desaparecer una melancolia que destruyó por fin aquel generoso corazon.

Parece que el Destino fijó su mano destructora sobre los descendientes de estas dos ilustres familias, pues no queda de ambas mas que el jóven duque de Túnez, nieto del héroe de esta historia.

CONCLUSION.

Por las mejillas del jóven desconocido surcaba una lágrima de ternura que trató de ocultar á los ojos del sacerdote, pero habiéndolo notado el venerable anciano:

—Llorad, hijo mio, le dijo: llorad y no trateis de ocultar las lágrimas que os ha arrancado el relato de mi historia. Ellas revelan la ternura de vuestro corazon, y son para mí la garantía mas segura de la nobleza de vuestros sentimientos.

El jóven se levantó de repente del asiento que ocupaba, y asomándose á la puerta del salon gritó:

—¡Lope!... los caballos.

—¿Os vais á marchar ya? le preguntó el sacerdote.

—Sí, padre mio, le respondió con voz conmovida, y luego continuó:

—¿Podreis decirme cuál es el sitio en que se verificó el duelo?

—Mirad, dijo el sacerdote levantándose y asomándose á una ventana: ¿veis aquel álamo seco que está junto á aquel asiento de piedra?

—Sí, sí.

—Pues allí fué donde se apoyó el duque de San Roman, herido y fatigado del combate.

—Pues bien, padre mio: desde mañana tendreis la bondad de disponer se construya en el mismo paraje en que fué derramada la sangre de San Roman una magnífica capilla. Celebrareis en ella una misa diariamente por la gloria de los ascendientes del actual duque de Túnez, y el cinco de julio próximo, esto es, dentro de siete meses direis en ella la primera misa.

—¿Dentro de siete meses!... dijo reflexionando el sacerdote. Dentro de siete meses es el aniversario del sangriento combate... es verdad... pero vos delirais, hijo mio; sin duda mi triste historia ha herido muy vivamente vuestra imaginacion, cuando mandais hacer una cosa de todo punto imposible.

—¿Y por qué? preguntó el jóven.

—¿Ignorais que para hacer esa capilla se necesita la voluntad del duque? ¿Ignorais que jóven y embriagado quizá con los placeres que á su edad le pueden proporcionar sus inmensas riquezas, no se acordará siquiera de que existe ese castillo?

—Os engañais, padre mio: el jóven duque sabe que existe este castillo, y sabe tambien que pesa sobre su familia una horrible fatalidad.

Por algunos apuntes que encontró entre los papeles de su abuelo, se ha enterado en parte de la historia que me habeis contado.

Supo tambien que vivia un santo sacerdote que habia sido testigo de ella, y ha querido oirla de su boca angelical, y en este momento le teneis á vuestros piés y os pide vuestra santa bendicion.

—¿Cómo?... dijo admirado el sacerdote.

—Será posible que seais vos él... pero si... no lo dudo; á pesar de la debilidad de mi vista, distingo en vuestros ojos la misma grandeza y la misma generosidad que en los de vuestro abuelo.

El venerable anciano lloraba en aquel momento como un niño.

—Sí, soy el duque de San Roman y de Túnez, y en este instante me alejo de España, y tal vez para no

volver mas. Voy á la tierra santa, y allí, sobre el sepulcro del Redentor, imploraré clemencia para mí y para mis ascendientes.

¡Padre mio, dadme vuestra bendicion!

El sacerdote, poniendo ambas manos sobre la cabeza, dijo con la mas marcada emocion:

—En nombre del Omnipotente, yo os bendigo.

—Ahora, padre mio, adios. Desde Cádiz dispondré se os franqueen mis cajas para que cumplais con mi religiosa voluntad.

Dicho esto, desapareció con la mayor precipitacion.

El anciano quedó sumido en una profunda meditacion; mas al oír en el patio de la quinta las pisadas de los caballos, se asomó con prontitud á la ventana, y viendo que el duque se alejaba, le dijo:

—Señor duque, ¿quereis que se dé algun nombre á la capilla?

—Sí, padre mio.

—¿Cómo quereis que se llame?

—¡La capilla espiatoria!...

AL EMINENTE ESCULTOR

D. JOSÉ PIQUER,

POR SU BELLÍSIMA ESTÁTUA DE CRISTÓBAL COLON.

En gallarda apostura,
La frente alzando al cielo
Ved esa hermosa y colosal figura,
Hierva la sangre en las hinchadas venas
De la siniestra mano,
Con que descorre el velo
Que oculta el continente americano,
Y la hermosa cabeza,
Con el primor del arte diseñada,
Se destaca arrogante,
Y nos revela el génio
A la par que nos muestra en su semblante
La amarga lucha, el padecer profundo,
Y el triunfo de la ciencia y la constancia,
A la asombrada gente en su ignorancia,
Mostrando con la diestra un nuevo mundo.
Con tal verdad, primor y valentia
El cincel de Piquer la ha dibujado,
Que es cosa inútil revelar su nombre,
El inesperto niño,
El campesino menos ilustrado
¡Colon! dirán al verla, este es el hombre
A quien la patria mia,
Debe un mundo ignorado
Que en lejanas regiones se escondia.
¡Gloria, Piquer, á tí; gloria al talento,
Que si á primera vista
El trabajo revela el pensamiento,
Tan bien revela al eminente artista!
¡Qué expresion en el rostro!
¡Qué altiva languidez en la mirada
Muestra esa masa inerte,
Bajo tu diestra mano
La vida recibiendo de la nada!
De la fé, la graciosa alegoría,
Flotando al descubierto,
Y al genovés sirviéndole de guía,
Sus naves lleva, al anhelado puerto.
De Cristóbal Colon en la figura,
¡Qué perfecta armonia!
¡Qué valiente apostura!
¡Qué paños tan severos!
¡Qué gusto y correccion en las labores!
Pero á la par, que francos y ligeros
Esos detalles son en sus primores.
No se ve la fatiga
Luchando con el arte,
Sino la altiva inspiracion que obliga,
El átomo que parte
Del claro génio á la fecunda llama,
Y el duro barro á su calor inflama;
La mano ejercitada y obediente
Que cediendo á la idea
Que arde del génio en la inspiradamente,
En cada rasgo crea
Un nuevo lauro para ornar su frente.
El pueblo americano,
A la memoria de Colon levanta
Un digno monumento,
Y de Piquer, el claro entendimiento,
A decir va al cubano,
Que del ingénio la fecunda planta
No se agosta en el suelo castellano.
Colon mostró el camino á las legiones
Que entre el estrago de sangrientas guerras,
De España tremolaron los pendones
En ignoradas y lejanas tierras,
Y Colon va á decirles, aunque bravos
Los hijos son de la nacion hispana,
Hoy no anhelan conquistas,
Que en lugar de domar pueblos esclavos,
La gloria quieren merecer de artistas.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

LOS DIOS LARES.

(Continuacion.)

XII.

La flotilla de los grandes-langas avanzaba silenciosamente. Cuando apercibieron las piraguas inmóviles sobre la orilla, señalaron con la mano, y desdeñosamente, aquella ciudad dormida, indefensa. Poco

despues los guerreros grandes-langas, fueron saltando á tierra sucesivamente.

Pero apenas el último puso el pié en tierra, hirió los ecos un grito espantoso: los nahicas se levantaron como un solo hombre, con el crih entre los dientes y la maza levantada á la altura de sus cabezas. Las pesadas mazas cayeron á un tiempo como una pared de bronce, y el suelo se cubrió de cadáveres.

Los grandes-langas se quedaron aturridos un momento con semejante ataque, al ver levantarse á su alrededor aquel círculo de demonios que parecían salidos de las entrañas de la tierra; pero aquellos instantes de estupor é indecision fueron muy cortos, y dando á su vez el grito formidable de guerra, cayeron sobre los nahicas ébrios de sangre.

En algunos minutos no se oyeron mas que los ayes ahogados de los moribundos y el ruido sordo de las mazas que caian sobre los cráneos. Templeson no era entonces el hombre que conocemos: en lugar de aquel fabricante de gorros de algodón, lleno de flema, encontramos un verdadero héroe indio, que reunia á su alrededor tantos cadáveres, cuantos eran los golpes de maza que repartia.

La mitad del ejército de los grandes-langas yacia en el suelo como un pavimento de carne humana; los que aun quedaban vivos se batian en retirada, disputándose el terreno palmo á palmo. Pero era tal la rabia de los nahicas que se lanzaban tras de sus enemigos, y entonces ocurrían en aquel rio lúgubres escenas, inauditos dramas invisibles que conocian solo los misteriosos abismos del Océano. Aquello era un duelo horrible entre dos combatientes perdidos entre las sombras de la noche; á veces el abismo se cerraba tras de dos cadáveres, porque el vencido moria de sus heridas, y el vencedor de cansancio.

Los que eran tan afortunados que podian retroceder sin peligro, se precipitaban á sus piraguas cortando las amarras que los sujetaban á la playa, escapando así favorecidos por la corriente y por la negra oscuridad de la noche.

Declarada la victoria por los guerreros nahicas, persiguieron sin tregua á los vencidos para que no quedase uno que pudiese dar razon de aquel desastre; pero cuando este se hallaba próximo á ser cogido, volvíase y comenzaba el combate cuerpo á cuerpo con ese sublime valor que solo se siente en presencia de la muerte.

En esta faena se habia alejado Templeson del campo de batalla, y cuando despues de haber muerto á un fugitivo volvía la cabeza buscando otro para descargarse su brazo, apercibió tres hombres gigantes que hacia él corrían. Dejóles llegar y tendió á sus piés el primero; de los dos que quedaban el uno se dirigió rápidamente hacia una piragua amarrada en la parte mas oculta del rio, y el segundo se precipitó sobre el valiente rajah Antaroo. Templeson evitó diestramente el primer golpe dando un salto, por el cual se puso á dos pasos de su enemigo, sobre el cual cayó con una rabia inesplicable. Pero su crih, que debia hundirse hasta el puño en el pecho enemigo, tropezó con una plancha de cobre que el indio llevaba como un escudo, y en el mismo instante cayó á tierra, impelido por su cuerpo pesado cuyo golpe le fué imposible evitar. El gigante se levantó sin trabajo, cogió á nuestro rey entre sus brazos monstruosos y se lo llevó corriendo como hubiera podido hacer con un niño.

XIII.

UNA ESCENA DE ANTROPÓFAGOS.

La piragua caminaba con su vela de junco desplegada para secundar la accion de los remos, y el viento que la impulsaba rápidamente, conducia hasta ella algunas notas del lúgubre concierto de la ribera. Negras nubes rodaban por los cielos; el rio aparecia negro como la tinta, y en aquella noche sombría solo podía detenerse la vista en la cinta roja del incendio que brillaba en la línea del horizonte.

Seis guerreros de los grandes-langas que habian podido escapar del desastre, llevaban prisionero al sublime rajah Antaroo y á uno de sus jefes, cogido tambien en la batalla.

Templeson conocia perfectamente el dialecto de aquellos salvajes, y estendido como muerto en el fondo de la piragua, escuchaba atento el canto de victoria de los grandes-langas, que decia sobre poco mas ó menos:

«La carne del nahica es mas tierna que la del corderillo; la piel tan fina como la del gamo, y su sedosa cabellera es el mejor adorno para nuestros cinturones, etc.»

El horizonte comenzaba á aclararse, y la piragua caminaba rápidamente impelida por el viento de la mañana.

El inglés vió que la costa estaba á media legua de



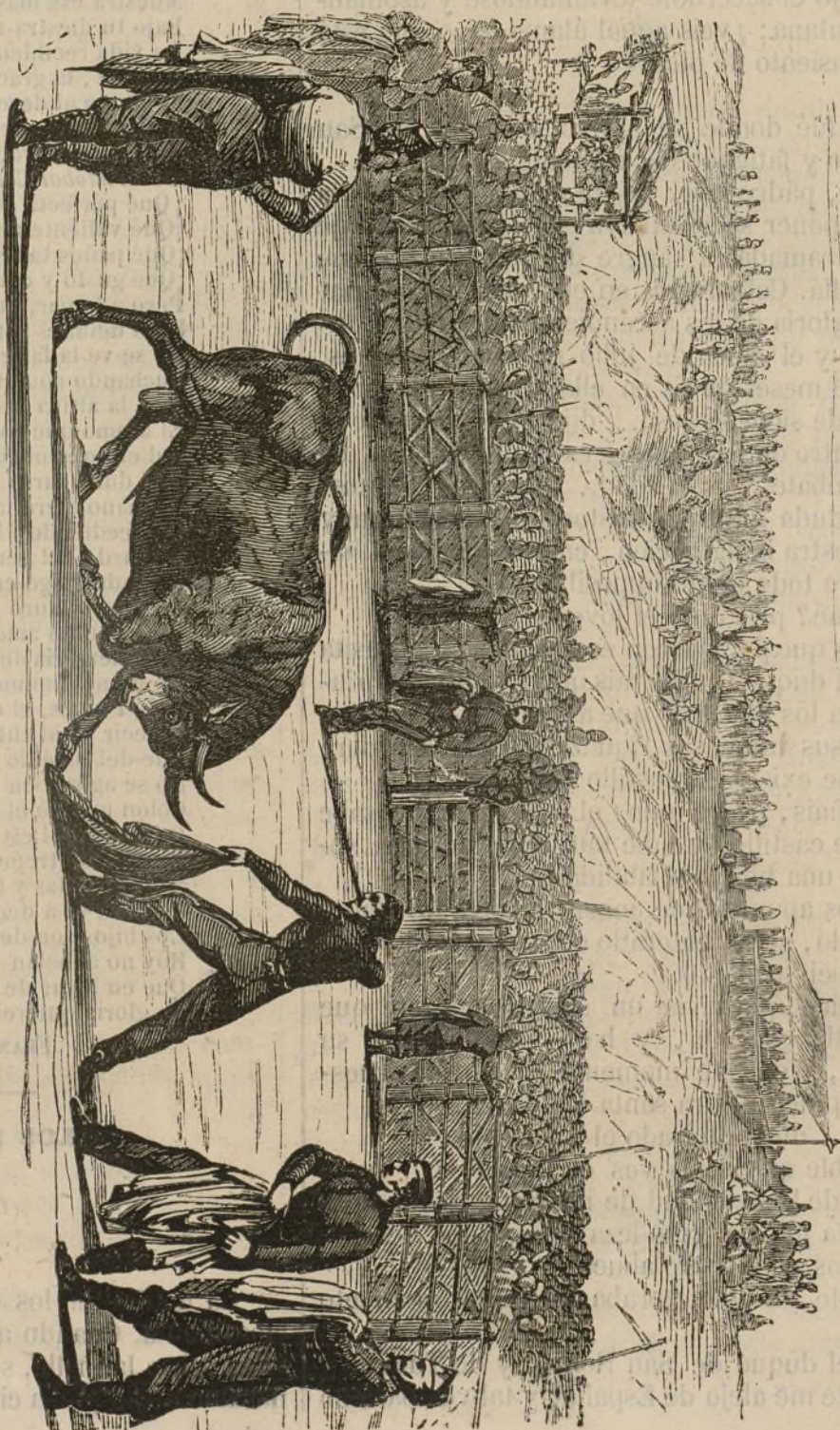
VISTA DE MESINA, TOMADA DESDE EL CABO DE SAN JUAN EN LA CALABRIA.

Tomada de una fotografía.—(De El Panorama Universal.)



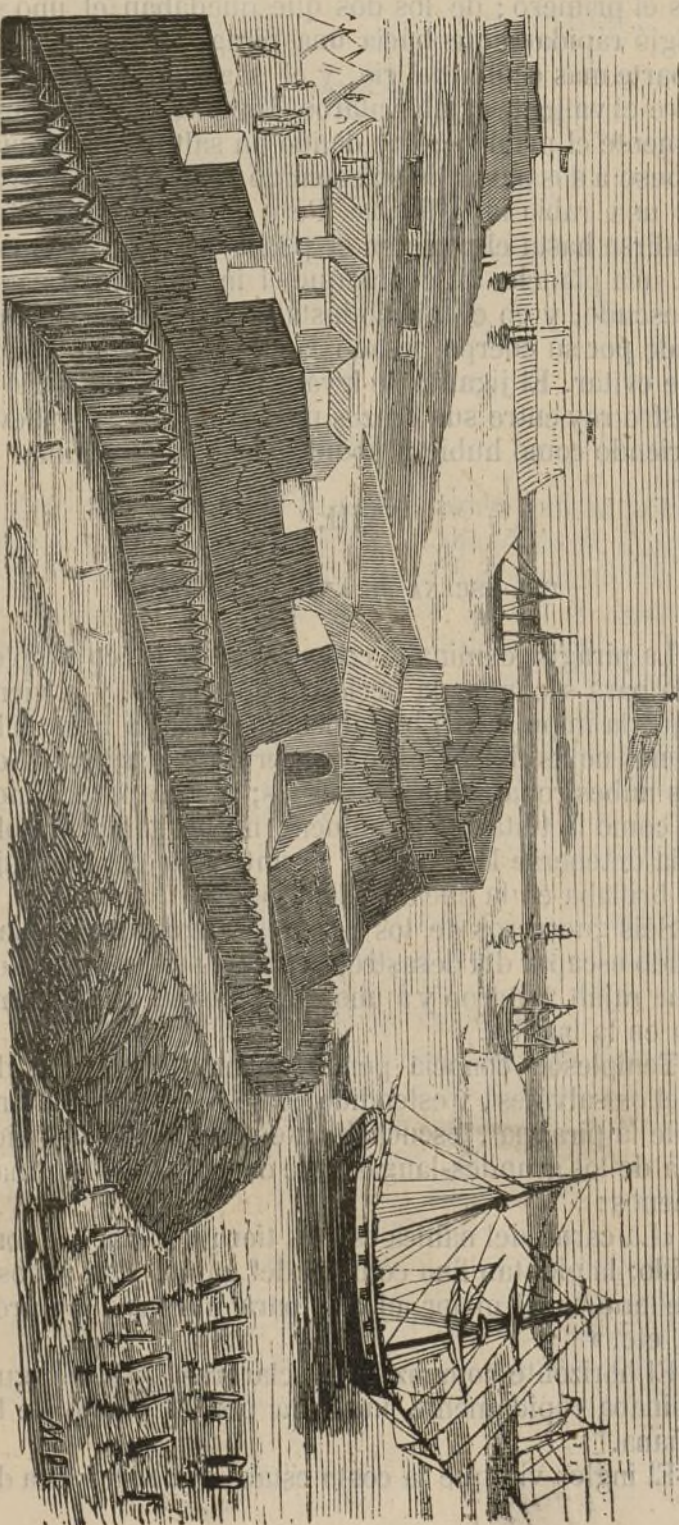
BOCAS DEL RIO SAIGONG EN COCHINCHINA.

De nuestro corresponsal D. S. O.—(De El Panorama Universal.)



CORRIDA DE TOROS VERIFICADA EN EL CAMPAMENTO DE TORREJON DE ARDOZ EL DIA 10 DE OCTUBRE DE 1860.

Remitido por nuestro corresponsal D. N. Landa.—(De El Panorama Universal.)



VISTA DEL PUERTO DE PEL-LO EN CHINA (ORILLA DE TIENTSIN), TOMADO POR LAS TIOPAS FRANCO-INGLES. S.

Remitido por D. M. P.—(De El Panorama Universal.)



TIPO DE SOLDADO CHINO LLAMADO TIGRE.

Remitido por D. M. P.—(De El Panorama Universal.)



TIPO DE SOLDADO TÁRTARO LLAMADO IRAKO.

Remitido por D. M. P.—(De El Panorama Universal.)



EL EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL D. GENARO DE QUESADA.

(De El Panorama Universal.)



EL EXCMO. SR. D. MANUEL MORADILLO Y TALLEDO, INTENDENTE GENERAL DE EJÉRCITO.

(De El Panorama Universal.)



distancia, y acariciaba con sus manos su crih olvidado, con el cual comenzó imperceptiblemente á horadar el fondo de la piragua. Al cabo de media hora de este paciente trabajo la punta del crih salió al agua.

Los grandes-langas habian terminado su canto de guerra, y se bajaban de tiempo en tiempo sobre sus prisioneros silenciosos é inmóviles.

En medio del ruido confuso del mar, el discreto Antaroo creyó distinguir que atravesaban entonces las corrientes, y entreabriendo los ojos vió á poca distancia, á la incierta claridad del alba, la espuma blanca que ceñía la arena como un cinturón de plata.

El momento de obrar habia llegado.

Templeson revolió su arma en el agujero que hiciera en el fondo de la piragua, y el agua comenzó á entrar á borbotones despues de haber conseguido arrancar un fragmento de madera.

Pocos momentos despues un ahullido horrible retumbó en la misteriosa soledad de la noche.

La piragua acababa de hundirse con los ocho hombres que contenia, y una ola cubria con su espuma aquel abismo.

Algunos segundos despues apareció una cabeza á flor de agua.

El inglés inspeccionó el lugar en que se hallaba, y no vió otra cosa que olas que dejaban sus espumas cerca de él; entonces comenzó á nadar por debajo del agua con una ansiedad suprema, hasta tanto que sus manos, ya sin fuerzas para sostenerse, tocaron la arena. Entonces se deslizó como una serpiente sobre los arrecifes y escuchó.

Nada se oía mas que el gran gemido del mar y el grito fúnebre de los pájaros de la noche.

El Océano comenzaba á iluminarse con los primeros reflejos del sol.

El pálido inglés llegó, como mejor pudo, á la costa, pareciéndole imposible su libertad. De vez en cuando volvía la cabeza, creyendo sentir sobre sus espaldas los sangrientos dedos de un vampiro. Así anduvo errante mas de una hora consultando sin cesar el horizonte. El canto horrible de sus enemigos le perseguía siempre como el zumbido de un mosquito tenaz.

Cansado, moribundo de fatiga y de hambre, se detuvo al pié de unos tamarindos, cuyo espeso ramaje podía protegerle de las miradas harto indiscretas, y estendiéndose sobre la yerba fresca, se durmió profundamente.

El canto infernal de guerra le perseguía aun en su sueño, pareciéndole que lo dividían en pedazos y se lo comían al son de aquella música bárbara. Despues de dos horas de aquella atroz pesadilla se despertó bruscamente, pero el canto no habia cesado, y aquella vez llegaba á sus oídos claro y distinto como cuando estaba á bordo de la piragua.

«La carne del nahica es mas tierna que la del corderillo; su piel tan fina como la del gamo, y su sedosa cabellera, es el mejor adorno para nuestros cinturones. ¡Comamos! ¡Comamos esta carne tierna!»

Despues un grito de muerte despertó los ecos; no era un sueño; aquello era la espantosa realidad.

El inglés sintió helarse la sangre en sus venas; los que creía sepultados en los abismos del Océano estaban á pocos pasos de él bailando de una manera salvaje y disputándose pedazos de carne humana.

Templeson, al separar las ramas del tamarindo, habia hecho un ligero ruido, y doce pupilas feroces se fijaron en el escondite.

Pero el inglés, á quien el espanto habia devuelto toda su agilidad, escapaba con saltos increíbles; pero sus fuerzas se agotaban, sintiendo, sin embargo, detrás de sí las seis sombras sangrientas que le perseguían.

De súbito una esplosion hiende el silencio; dos cadáveres ruedan sobre la arena; los cuatro indios que aun quedaban se detienen como heridos por el rayo, huyendo despues en direccion opuesta lanzando gritos agudos.

El prisionero corría siempre creyéndose perseguido; pero una loca esperanza acababa de revivir en su alma, y pocos momentos despues aquel sueño imposible se trocaba en realidad.

Unos cuantos hombres blancos, ocultos por un accidente del terreno, avanzaban á paso de carga.

Templeson cae de rodillas, tendiendo hácia ellos sus manos suplicantes. Los blancos le observan atentamente, porque Antaroo, el rey de los nahicas, Antaroo el general indio, bronceado como una medalla antigua, tenia muy poco de inglés.

A las primeras palabras que oyó salir de la boca de sus libertadores, Templeson se conmueve, su pupila se dilata, escuchando con ese éxtasis divino que deben tener los elegidos al oír las harpas celestiales; ¡porque aquellas palabras, aquella lengua, es la de su patria! Entonces su memoria se aclara, su corazón se llena de recuerdos; quiere hablar, darse á conocer,

contar la estraña cadena de su destino; pero ¡oh prodigio! ¡Ha olvidado el idioma de sus primeros padres! y su lengua paralizada, articula trabajosamente un diccionario de palabras que no tienen vocales.

Templeson no era entonces otra cosa que uno de aquellos caníbales, acusado por haberse comido la tripulación de un buque que la mar ha arrojado á la costa.

—Vamos, buen mozo, dijo uno de los marinos cogiendo á Templeson por los cabellos, ten filosofía.

Y montó al mismo tiempo una pistola.

—¡Basta! dijo Dick, el capitán; basta de matanza. Yo me llevo esta pieza á Londres, únicamente para dar un solemne mentís á cierto gentleman de mis amigos, que sostenia el año pasado que la piel de los negros se destiñe con jabón y agua caliente, y que el salvaje antropófago es un ser de los mas mitológicos!

(Se concluirá.)

JAVIER DE PALACIO.

Á LA POESÍA.

Dulce consolacion del alma mia,
¡Única á mi existencia alhagadora,
Divina Poesía!
Bendita tú, mi corazón te adora.
Raudal precioso que brotando el cielo
En purísima fuente,
Desciende cual suavísimo consuelo,
Y al bañarse en su cándida corriente
Las almas que en el llanto se anegaron
Nacen á nueva vida, y la esperanza,
Y su fé despertaron.
¡Ah! que si el mundo alcanza
Las heridas á abrir que el triste llora,
Allí do el mundo y sus enconos mueren,
Do solo llega noble el pensamiento,
Se abre un inmenso espacio que colora
Placidísima lumbre,
Do en grata dulcedumbre
Al huir las almas del mundano asiento,
Los campos huella do germina el oro,
Y eterna es la alegría,
Mansion do el génio va, de la Poesía,
De la inmortalidad que en vano imploro.
«¡Dadme la lira!» ante el Niágara undoso
Esclamó su cantor, ardia su mente
En rica inspiracion, y del torrente
Rey, concluirá primero
El caudal proceloso
Que al que le mira admira y pone espanto,
Que los acordes dulces de su canto.
Y es que del alma la ternura inmensa
En el mundo se ahoga,
En vano agita el vuelo,
Por eso huye del mundo y á otra estensa
Region mas pura voga,
A su morada del empero cielo,
Y cuando el suelo deja y sus pesares,
Puebla el aire de armónicos cantares.
¡Cuántas veces mis ojos,
Fatigados del llanto, por él rojos,
Una postrera lágrima vertían,
Que lenta deslizaba
Por las megillas que á su paso ardían;
Y para siempre el corazón vacío
Creando en mi amargura,
Del sol á un rayo, en el ocaso frío,
Bañando la espesura
De algun bosque sombrío,
O el son de una campana
Que escuchaba lejano
Y perezosas brisas me traían...
Mi corazón y el alma conmovían
Como á la flor el áura en la mañana!
¡Dulce Poesía que mi mente arrobas!
Tus alas bate en torno de mi frente,
Que cuando al mundo mi existencia robas
Subo á tu cielo cándido y riante.
Desde niño inocente
Mi amor te consagré y en la plegaria
Que fuera solitaria
Rasgando el aire á la eternal esfera,
Mi cantar murmuré por vez primera.
Yo te sentí en mi pecho palpitando,
Cuando en el bosque umbroso
La tormenta me halló y en su coraje,
Del trueno en el acento pavoroso
Entendí tu lenguaje,
Así como en la mar cuando rugiente
Al soplo de huracán se levantaba
En espantoso oleaje,
El alma que á su vista se asombraba,
También tu voz oía,

Y tu sublime magestad amaba,
Y lágrimas de amor á tí vertía.
Dulce poesía, perenal consuelo,
Hija sacra del cielo,
Un solo rayo de tu luz me envía,
Que calme la amargura
Y del alma el dolor que la estravia;
Entonces la ternura
Que dentro de mi pecho se desborda,
Ya no ahogará mi llanto,
Dulcísima armonía
Se encerrará en mi canto,
Y al trono del Señor mi humilde acento
Irà á espirar en plácido contento.

LUIS BALACA y GILABERT.

UNA HISTORIA DE AMORES.

(Continuacion.)

III.

¡LOCO DE AMOR!

Ha transcurrido un mes desde los últimos acontecimientos. En todas partes se habla del rico americano, y se cuentan prodigios de su opulencia, enumerando sus trenes, la servidumbre y el ostentoso brillo de sus palacios. Las damas envidian á la feliz prometida del moderno Crespo, y hasta encuentran algo de seductor en su cuerpecillo deforme, y adivinan una mirada de fuego en sus ojos medio cerrados.

Solo nuestro Antonio se abandona á su peligroso delirio; nada le distrae, y ni aun halla en el cariño de su madre que le adora un consuelo á su acerbo dolor. Su vista gira indiferente sobre cuantos objetos le rodean; sus labios balbucientes dejan escapar entre exclamaciones sordas el nombre de Emilia, y parece que su pecho oprimido quiere ahogar los latidos de su corazón.

Una noche se encuentra solo en su aposento, trémula la faz y presa su cuerpo de un temblor convulsivo, cuyos sacudimientos hacían crujir el pavimento bajo sus piés. Su amigo Eduardo ha penetrado sin ser visto y lo contempla dolorosamente.

—¡Emilia! esclama el infeliz. Emilia, ¿no me oyes? Ven y coronaré tu frente de rosas; prenderé á tu cabeza el velo de desposada. En el altar brillan encendidas para nosotros las antorchas de himeneo..... ¿pero no te apresuras? ¡Oh! tú no ves lo que sufro..... no adivinas mis tormentos; pero ya compadecida de mí te adelantas con la sonrisa en los labios, encendido el rostro de tu virginal pudor; tu talle se mece graciosamente como la dulce flor de la primavera al soplo de la brisa. Siento tu aliento que me abrasa y estrecho tu mano entre las mías....

—¡Ay, pobre amigo mío! no es la mano de esa mujer la que oprime la tuya, sino la de una persona que sufre porque tú sufres y siente ese llanto rebelde que escalda tus párpados, al ver tus dolores. Mirame, no me conoces; soy Eduardo, tu amigo Eduardo.

Y el generoso joven lloraba, efectivamente, como un niño, estrechando contra su corazón aquel ser con quien en poco tiempo habia simpatizado tanto.

—Antonio, prosiguió diciendo Eduardo; óyeme, calma tus afanes; recobra tu tranquilidad y serena tu espíritu..... piensa en tu salud que se altera por momentos.

Pero Antonio no le escucha; se ha levantado de su asiento y pasea apresuradamente por la habitacion, el rostro desencajado, los ojos saltándole de las órbitas, prorumpiendo en gritos salvajes y apostrofando en su insensatez al cielo y á la tierra. Por último, se calmó, clavando la mirada fatídica é inmóvil en el rojizo fuego de la chimenea.

¡Cuántas reflexiones hizo Eduardo para sacar á su amigo de aquel peligroso estado! ¡Cuántas afectuosas palabras le prodigó! Pero en vano. De improviso una idea cruzó rápida por su mente, y exclamó aproximándose al infeliz mancebo.

—Pues bien, desgraciado joven, abandónate á una desesperacion inútil; muere loco de amor, pero ten presente que matas también á tu madre.

La reaccion fué inmediata; dos arroyos de lágrimas corrieron por las mejillas de Antonio, que se arrojó sollozando en brazos de Eduardo.

—¡Oh! bien sabia yo, exclamó este, que aun no habia muerto en tu corazón el amor filial.

—Madre mia, mi querida madre.

—Vive para ella Antonio, y olvida á esa mujer que causa tu desgracia.

—No puedo, Eduardo, me pides un imposible. Hace un mes que no la veo; que no alumbró mi cerebro oscurecido el rayo de sus ojos; que no siento el perfume embriagador del aire que crea su ropaje, y

desde entonces no vivo y estoy mas enamorado que nunca.... ¡la razon me falta y moriré loco de amor! Pero mi madre, mi buena madre.... tienes razon, Eduardo; viviré para ella, enjugaré las lágrimas que surcan su rostro y me consideraré muy feliz cuando sellando mis labios con los suyos me diga: «¡hijo mio! yo te perdono.... ¡no es verdad que debo olvidar á esa mujer? si; debo olvidarla, porque ella ha encendido en mi alma el fuego del infierno, y este fuego me devora, me aniquila.... ¡las fuerzas me faltan! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

El esceso del dolor abruma, y el alma despues de la lucha desfallece. La excitacion febril, determinada en la moral del individuo, se estiende despues á la parte física; pero los músculos pierden poco á poco la inflexible rigidez que los tenia en tension; la calentura hace lo demas, y la postracion es inevitable. Luego el enfermo se duerme, y acaso Dios envia el ángel de los dulces ensueños para que desarrolle ante los ojos del espíritu un cuadro de felicidad.

Esto sucedió con Antonio, que quedó tranquilo al poco rato; pero no habia tiempo que perder, era necesario dar un paso decisivo y arrostrar por todo; y así Eduardo, luego que dejó su amigo al cuidado de un viejo sirviente de la casa, se trasladó á la habitacion de la señora de Guzman, á la que espuso con franqueza el estado alarmante de su hijo y la apremiante necesidad de tomar una resolucion; y con sentidas frases, á las pocas palabras, convenció á la buena madre de que el único medio que quedaba era pedir á los señores d'Azpeita la mano de Emilia para el infeliz Antonio.

Eduardo ignoraba el proyecto de familia que atrás dejamos mencionado.

En su consecuencia, revestido con el carácter de embajador, y con amplios poderes para todo, Eduardo quiso trasladarse inmediatamente á evacuar su espionosa y difícil comision. Al salir de casa de su amigo abrigaba la esperanza de que no seria mal recibido, y esta lisonjera idea comunicaba cierta celeridad á sus pasos.

Fundadas razones tenia para ello; Antonio de Guzman, hijo único, con un caudal respetable, una conducta ejemplar, y un talento poco comun, era un partido ventajosísimo por todos conceptos. Reflexionó, sin embargo, que iba á tratar con un matrimonio arisco y lleno de preocupaciones, y esto sin contar que él no creia recibiera Emilia con agrado aquella proposicion; su marcha se hizo mas leata y casi estuvo tentado de volverse atrás y hacerse acompañar por la de Guzman; pero recordando que esta buena señora la habia fiado completamente la terminacion de aquel asunto, siguió valerosamente su camino.

Cuando llegó á la casa de los señores d'Azpeita, y subió de dos en dos los escalones que conducian al cuarto segundo que habitaban, su corazon latia con violencia, la sangre se agolpaba á sus sienes y zumbaban confusamente sus oídos; revistiéndose, por último, de toda su presencia de espíritu y asió el cordon de la campanilla.

Hé aquí entre tanto lo que habia pasado entre don Julian y el poderoso americano.

Ambos están sentados en cómodos sillones en el gabinete de aquel, y el dichoso padre de Emilia parece absorto escuchando la relacion que de sus bienes hace su futuro yerno; la division y subdivision de sus ingénios de azúcar, y la enumeracion interminable de esclavos y mayoriales. Una sonrisa de satisfaccion vaga en sus labios. Contémplase ya poseedor de todas estas riquezas y es feliz anticipadamente.

Concluye por fin el rico viejecillo; toca hablar á D. Julian, y la atencion con que se prepara á escucharle aquel, manifiesta bien claramente que, aunque dueño de una porcion de ingénios y de esclavos, no le parece mal que la mujer le traiga un dote considerable, que él indudablemente empleará en mas esclavos y mas ingénios.

D. Julian se vé acometido de una maldita tos que le impide articular palabra. El viejo ladino cree á su suegro avaro y se sonríe maliciosamente.

—A V., mi querido D. Julian, exclamó el maldito con insinuante dulzura, toca dar cuenta de lo que su hija.... porque es claro que para nada necesitamos eso; pero tengo formada una idea.

—Pues amigo D.... ¡jem! ¡jem! maldita tos, don Meliton.... ¡jem! la verdad.... Cuando nos separamos en Cuba y V. ¡jem! partió para no sé dónde, quedándome yo allí....

—Si á fuerza de paciencia y de trabajo....

—A fuerza de paciencia y de trabajo logré encontrar un comerciante que me empleó en su casa nombrándome su tenedor de libros....

—Y de ahí....

—¡Ah! mi querido D. Meliton.... no pasó de ahí.... cinco años estuve de tenedor de libros, y en esos cin-

co años hice algunos ahorrillos que me sirvieron para pagar el viaje de regreso á España de mi mujer y mio, pues ya sabia V. que me casé á los dos años de estar en Cuba con....

—Justo, con doña Clara Alemendi de Alcorza.... pero el comerciante murió poco despues, dejando toda su fortuna....

—A un sobrino suyo, Sr. D. Meliton; á un sobrino caido de las nubes, y sin el cual yo á estas horas seria inmensamente rico.

D. Meliton iba perdiendo el color rosado de sus prominentes mejillas, fruncia con frecuencia las cejas y miraba á todas partes como atontado.

—De modo, exclamó con acento gutural, que no tiene V. un ochavo, ¿no es eso?

—Así es por desgracia, amigo mio; pero ahora vamos á nadar en la abundancia. Ya mi hija es esposa de V., sus ingénios son por consiguiente.... Yo le hubiera hecho á V. la confesion de mi pobreza antes de la ceremonia, porque siempre me ha gustado jugar limpio; pero V. se obstinó en que no se hablara de eso, y por complacerle....

D. Meliton no replicaba una palabra. Sus ojillos grises brillaban de una manera particular, y sus manos retorcian convulsivamente su pañuelo que apriionaba entre sus dedos.

—Ya se vé, continuó el incansable D. Julian, V. tambien quiso que el matrimonio se efectuara en secreto....

En este momento se agitó la campanilla....

D. Julian salió apresuradamente para ver quién era el desdichado que se anunciaba con tanto estrépito; no bien hubo desaparecido, su huésped se retorció bramando en su asiento, y exclamó con furia: ¡me ha engañado! ¡me ha engañado.

—Caballero, ¿á qué debo el honor de ver á V. en mi casa? ruego á V. tome asiento y me explique con entera libertad.

—Es V. muy amable, señor d'Azpeita, y siento á la verdad incomodarle; pero el asunto que me trae es de tanta identidad que me obliga á prescindir de todo.

—Estoy cada vez mas inquieto, señor de.... ¿su gracia de V?....

—Eduardo de Robles....

—Pues bien, señor de Robles, ya escucho.

—Tengo un amigo á quien quiero con toda mi alma; en quien yo, que no he tenido hermanos, he reconcentrado todo el cariño fraternal que reboaba en mi corazon.... este amigo está muriendo de....

—¡Ah! caballero.... sospecho que viene V. equivocado.... no soy profesor de medicina.

—Sin embargo.... si V. no sabe curar los males del cuerpo.... en estas circunstancias le seria fácil aliviar las dolencias del alma.

—¿Cómo!

—Si señor; únicamente en esta cura puede encontrar la salud el desdichado Antonio Guzman.

—No comprendo.

—V. tiene una hija....

—Seguramente; pero no adivino qué tiene que ver mi hija en esto.

—Es muy sencillo, sin embargo. Mi amigo está locamente enamorado de esa señorita, y tengo amplios poderes de su madre para tratar con V.

—Señor de Robles, mucho siento.... pero.... mi hija ya.... es decir, se casó hace una semana con un antiguo amigo y....

Oyese en esto rumor confuso de voces en las habitaciones interiores, y algunos lamentos que pusieron el sobresalto en el alma de D. Julian.

Eduardo habia quedado mudo de estupor al ver el mal resultado que habia tenido su comision; saludó distraidamente y se retiró murmurando algunas escusas que no fueron oidas por d'Azpeita, á quien inquietaban demasiado los gritos y el alboroto que se sentia en su casa.

Aun no habia doblado la esquina de la calle nuestro mal parado embajador, cuando hirieron sus oídos las voces de: «¡ladrones! ¡ladrones!» y D. Julian cruzó como una exhalacion por su lado gritando como un energúmeno.

«Estoy perdido y deshonrado.»

¿Qué habia producido esta escena de confusion? procuraremos explicarlo.

D. Julian; cuando se vió solo, se dirigió hácia donde se oian los lamentos, y encontró á su mujer desmayada y á su hija anegada en un mar de lágrimas.

Los dedos crispados de doña Clara arrugaban un papel que, estraído con trabajo por D. Julian, le puso al corriente de lo que pasaba. El papel decia lo siguiente:

«Sois un imbécil, señor d'Azpeita; habeis creído casar á vuestra hija con un millonario, y yo no soy

mas que un pobre diablo; me marchó muy lejos de esta casa y no me volvereis mas á ver.—M.»

Aquella carta era de D. Meliton; pero lo que puso colmo á la desesperacion de aquel buen señor, fué encontrar su gabela fracturada, y estraído de ella cuanto dinero poseia.

Entonces se abofeteó el rostro, se dió á sí propio nombres abominables y corrió frenético á la calle en busca de su estafador. Pero ya era muy tarde.

La policia tomó carta en el asunto; pero sus sabuesos tampoco dieron con el rastro.

El ruin indiano no era, pues, sino un caballero de industria harto hábil. Amigo de la niñez de D. Julian, separóse de él en Cuba, donde fueron juntos aun muy jóvenes, marchándose á otros puntos que visitó sucesivamente, y dejando en donde quiera tristes recuerdos á su paso. D'Azpeita ignoraba sus malas artes, creyendo de buena fé sus cartas, en las que le decia que su fortuna iba aumentando progresivamente.

Cuando D. Meliton recibió la fatal noticia de la herencia d'Azpeita y su regreso á España, concibió la idea de apoderarse de aquella fortuna casándose con Emilia; pues aunque no la conocia confiaba demasiado en el predominio que siempre ejerció sobre D. Julian y en su sordida avaricia. Con este objeto le escribió en tal sentido, teniendo la satisfaccion de ver inmediatamente aprobado su proyecto.

Ya hemos visto cómo quedaron defraudadas sus esperanzas y la venganza que tomó.

Seis dias despues de estos sucesos una silla de posta, arrastrada por cuatro magníficos caballos, salia de Tembleque levantando una nube de polvo.

En ella iban la señora de Guzman y su hijo: Eduardo tambien los acompañaba.

Al mismo tiempo tomaba posesion de su asiento de rotunda, en las diligencias Generales, un pasajero que, á pesar de no hacer frio, iba envuelto en una cumplida capa, y parecia querer ocultarse á las miradas de los demas. Este pasajero era D. Meliton Estevez, que abandonaba á su esposa de un día para correr en pos de la fortuna.

IV.

LOS MARQUESSES DE ASTORGA.

A la caída de una hermosa tarde de primavera, dirijase á la fuente castellana una magnífica carretela azul, arrastrada al trote largo de dos poderosos caballos.

Ocupaban la testera del carruaje un caballero de veintinueve á treinta años, y una señora de notable hermosura que apenas representaba veinte; y en frente agitaban sus rubias cabecitas dos preciosos niños elegantemente vestidos, á quienes la señora dirigia con frecuencia tiernas miradas que revelaban un cariño maternal.

Aquellos eran los marqueses de Astorga, recién venidos á la corte, cuyo título aristocrático y considerable fortuna les hacian ocupar uno de los primeros puestos en los círculos mas elevados. Era el primer día que los concurrentes al paseo veian aquel nuevo lujoso tren, y todos contemplaban con curiosidad el noble ademan, y el hermoso aunque pálido semblante del marqués y la pura belleza aristocrática de su esposa.

Y sin embargo, examinando detenidamente los rasgos de aquella fisonomía severa, se adivinaba bien pronto que un pesar secreto devoraba el corazon del noble; que una nube de tristeza oscurecia su frente y dibujaba en ella prematuras arrugas.

De repente el marqués lanza una exclamacion de sorpresa y manda detener el carruaje. Un apuesto ginete que en aquel momento cruzaba por delante oprimiendo los hijares de su fogoso potro cordobés, vuelve rápidamente la cabeza, y torciendo la rienda se dirige con la sonrisa en los labios hácia la carretela.

El marqués se inclina sobre la portezuela, y estrecha cordialmente la mano que le alarga el ginete, cruzándose al propio tiempo estas palabras.

—Mi querido Antonio....

—¡Eduardo, amigo mio!

—En Madrid sin avisarme, y continuó dirigiéndose á la marquesa. Y V. lo mismo, Julia, necesito enfadarme con Vds.

Una conversacion seguida en aquel sitio, y de tal suerte, no podia prolongarse sin llamar la atencion; la carretela continuó su marcha; y Eduardo se situó al estribo derecho despues de una pequeña lucha con su caballo, en la cual quedó vencedor.

(Se concluirá.)

Por todo lo no firmado, F. MEDINA-VEYTIA.

EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

Madrid: 1860.—Imp. y Lit. militar del ATLAS, á cargo de J. Rodriguez, calle de San Bernardino, núm. 7.



SIRIA.—DESEMBARCO DEL EJÉRCITO FRANCÉS EN BEYROUTH.

(De El Panorama Universal.)

REGALO A LOS SUSCRITORES.

ALMANAQUE DE EL MUNDO MILITAR,

PANORAMA UNIVERSAL.

Todos los señores suscritores que renueven su suscripción por un semestre, y á los que se suscriban por igual tiempo, se les regalará un precioso Almanaque de igual tamaño y papel que el de la *Illustration française*, con hermosos grabados, y que, entre otros muchos artículos y noticias, contiene una crónica completa de la guerra de Africa, con la narración detallada de las causas de la guerra y de las batallas de *Sierra Bullones*, *Castillejos*, *Tetuan* y *Vad-Ras*; un resumen de los *acontecimientos de Siria*, *Cochinchina*, *Fernando Póo*, y otro de la *revolucion de Italia*.

IMPORTANTE.

Todos los meses, desde el mes de enero del año entrante de 1861, se dará una magnífica lámina suelta litografiada á dos tintas, que represente retratos de personajes civiles y militares, vistas ó sucesos de actualidad, pudiendo al fin del año encuadernarlas con el periódico, ó formar con ellas un precioso album.